

Historia y presente de la guerra fría

Juan Carlos Pereira Castaños

Colección

Madrid

Fundamentos 104

Ediciones ISTMO

4. El proceso de control e integración económica mundial.

Tanto los historiadores como los sociólogos de las relaciones internacionales han puesto de manifiesto reiteradamente de qué manera la economía forma parte de la sustancia de esas especiales relaciones que se desarrollan en un medio global y progresivamente más interdependiente. No se trata de estudiar los mecanismos económicos o las teorías en los que éstos se sustentan, labor que corresponde a los economistas, sino más bien determinar hasta qué punto el factor económico se convierte en determinante en el proceso de elaboración y decisión de una política exterior estatal o en la propia evolución de las relaciones internacionales, así como analizar la incidencia que pueden tener en esas relaciones las rivalidades entre sistemas económicos.

Aspectos todos ellos que han sido destacados por los internacionalistas «liberales», pero que han adquirido un nuevo carácter más polémico y dinámico tras la interpretación marxista de los mismos, en el contexto de un análisis más profundo y

amplio del sistema capitalista. Un sistema que, por otra parte, inicia una nueva andadura tras el proceso de revolución industrial que se inició en Inglaterra a fines del siglo XVIII, y que tras más de un siglo de desarrollo hegemónico y expansión mundial encontró desde 1917 un sistema rival: el sistema socialista. La rivalidad, sin embargo, no se desarrollará en toda su plenitud hasta 1945 y en ella tendrá un papel decisivo el estallido de la «guerra fría».

En efecto, 1945 no sólo supone desde un punto de vista internacional el final de la II Guerra Mundial, sino que también da paso a un nuevo ciclo en la evolución de la estructura económica mundial. Evolución cíclica, que vino a confirmar lo que ya señalaran Kitchin, Juglar, Kondratieff y el propio Marx, pero que adquiere en esos momentos una nueva dimensión por varias razones: la expansión del modelo económico soviético; el impacto de la guerra mundial; el declive de la hasta entonces área económica más poderosa del mundo, Europa; la incidencia de un enfrentamiento político-internacional no bélico de forma directa entre las dos superpotencias, y el proceso de mundialización de la sociedad internacional, que incorpora a muchos Estados en esa estructura económica mundial, asistiendo impotentes a las intensas rivalidades que les impulsan a considerarse un «Tercer Mundo».

La guerra mundial, pues, lejos de provocar el hundimiento del sistema capitalista, como preveían los denominados teóricos del estancamiento y los propios marxistas, estableció un nuevo marco de relaciones económicas diferentes a las existentes antes de 1939. Esta nueva fase o modelo de acumulación se podría caracterizar por las siguientes notas:

—Un crecimiento económico continuo —entendiendo por tal un incremento general del ingreso real per cápita, lo que supone mayor producción, ingresos superiores y más consumo— que se detiene en 1973 con el estallido de la crisis que con carácter mundial se inicia en esa fecha, dando paso a un nuevo ciclo de carácter económico.

—Un desigual desarrollo económico —entendiendo por ello no sólo un desigual crecimiento económico, sino también un bienestar material, un proceso de tecnificación, una política social o unos recursos desigualmente repartidos entre los diferentes Estados de la sociedad internacional—, que se pone

de manifiesto en datos como los que indican que el denominado Tercer Mundo, con el 69% de la población mundial, sólo obtiene el 16% del PNB mundial, mientras que EEUU, Japón, la República Federal Alemana y Francia, con el 9,9% de la población obtienen el 48% del PNB mundial. De esta desigualdad surgirá el enfrentamiento Norte-Sur.

—Un fortalecimiento del sistema capitalista a nivel mundial, a pesar de la competencia del sistema antagónico, especialmente favorecido por la posición que adquiere EEUU tanto cualitativa como cuantitativamente, durante la II Guerra Mundial y la posguerra. Mientras aún era neutral, EEUU vio incrementar espectacularmente sus intercambios comerciales, la producción o el empleo, pero tras su entrada en la guerra las transferencias financieras interaliadas vinieron a completar su capacidad económica y la dependencia que hacia ella se había establecido por muchos Estados. Al término del conflicto había, económicamente hablando, un hecho indiscutible: EEUU era el Estado más poderoso del mundo. Los datos, desde un punto de vista comercial (desde 1926 ocupa el primer lugar en las exportaciones mundiales y desde 1958 el primero en las importaciones), en lo que se refiere a los movimientos de capitales a largo y corto plazo (en especial debido al papel internacional del dólar como moneda de reserva oficial y moneda de pagos privados), en cuanto a las reservas de oro o la preponderancia de sus industrias, confirman esta posición. Todo ello hará que la economía occidental, y de forma más limitada la socialista, siga las fluctuaciones de la coyuntura norteamericana, estableciéndose de esta manera una asimetría en la estructura económica mundial, por cuanto a la economía norteamericana no le afectan especialmente las evoluciones de las otras economías, pero cada una de éstas está condicionada por lo que ocurre en EEUU.

—Esta nueva fase del sistema capitalista se asienta sobre los siguientes factores: una revolución tecnológica continua; una remodelación del abastecimiento energético que tiene en el petróleo su fuente de energía básica; la aparición de nuevos sectores productivos que impulsan el modelo de crecimiento: construcción de automóviles y transportes, productos petroquímicos, electrónica, construcción y la industria armamentista; una nueva organización del trabajo; un nuevo sistema

monetario, creado en Bretton Woods en 1944, basado en unos tipos de cambios fijos, la utilización del dólar como moneda de reserva, junto al oro, y libertad de movimientos comerciales y de pagos; un fuerte y progresivo proceso de internacionalización y concentración del capital, cuya máxima expresión serán las empresas multinacionales; una liberalización de los intercambios comerciales aceptada y protegida a través del GATT; una creciente cooperación económica mundial a través de las numerosas organizaciones económicas internacionales y la implantación y difusión del Modelo de Estado Keynesiano, el «Welfare State», como justificación de un intervencionismo estatal que evitará la reaparición de la depresión y el desempleo.

—Frente al sistema capitalista el sistema socialista, o modelo de planificación económica, supera en la URSS las graves consecuencias que provocó la guerra, tanto desde un punto de vista social como económico. Los Estados que posteriormente se integrarían en la Europa del Este sufrieron también enormes pérdidas. Todos ellos tuvieron un objetivo básico: la reconstrucción económica, a través del modelo exportado desde Moscú y los principios en los que éste se basaba: economía estatificada con una muy limitada propiedad privada, planificación económica centralizada, búsqueda de la autarquía económica, colectivización de la propiedad agraria y utilización de este sector como medio de acumulación, una industrialización extensiva y acelerada (base material del socialismo) sobre la que giran los mitos de la industria pesada y del reto soviético de superación del capitalismo, la prioridad del sector armamentista y un reducido sector terciario. El resultado de todo ello ha sido la dependencia establecida entre evolución económica y planificación estatal, consiguiéndose un crecimiento económico ralentizado y un desarrollo sectorial muy desigual, que ha impedido la ruptura total con el sistema antagónico.

—Entre capitalismo y socialismo, el numeroso Tercer Mundo, que adquiere tras el rápido proceso de descolonización un gran protagonismo económico, en especial por la persistencia en él de un fenómeno como el subdesarrollo. Muchas definiciones y enfoques se han hecho de él, tratando de explicar más las causas del crecimiento o la riqueza de las naciones, que

la pobreza o el atraso de un gran número de Estados. Por ello, frente al enfoque académico o convencional ha surgido el dialéctico-estructural, que para nosotros es el más válido para analizar este fenómeno, y que Sunkel, de una manera brillante, ha definido como «el conjunto, complejo e interrelacionado, de fenómenos que se traducen y expresan en desigualdades flagrantes de riqueza y de pobreza, en estancamiento, en retraso respectivo de otros países, en potencialidades de productividad desaprovechadas, en dependencia económica, cultural, política y tecnológica».

—Las características de la estructura económico-social de este grupo de Estados (los 2/3 de la Humanidad) podrían sintetizarse en las siguientes: por lo general, son economías capitalistas distorsionadas y complementarias de la estructura económica dominante del centro del sistema, con un carácter extravertido, con un predominio del sector agrícola atrasado y escasamente mecanizado, una mínima industrialización y un sector terciario distorsionado y numeroso, con un alto nivel de desempleo, crecimiento demográfico, alta mortalidad y analfabetismo. Su dependencia del centro desarrollado se ha ido incrementando en perfecto paralelo con el proceso de interdependencia que caracteriza a la sociedad internacional.

—La culminación de este ciclo económico en el que hemos ido viendo cómo se ha ido configurando una nueva estructura económica mundial, aunque diversificada en los tres mundos protagonistas de la misma, parece tener una fecha simbólica: 1973. Un año en el que la decisión de los países integrados en la OPEP de incrementar el precio del barril de petróleo de 2,98\$ a 11,65\$ provocó tal «shock» económico que de la «crisis de la energía» se pasó a hablar de la crisis mundial.

—Una crisis que hunde sus raíces en la década de los sesenta, la denominada por la ONU «Década del Desarrollo», manifestándose en ella las primeras contradicciones entre la estructura creada y la realidad de una sociedad internacional con las peculiares características que ya hemos señalado. Las alteraciones económicas de EEUU pronto se difundieron por el resto de las áreas económicas, especialmente desde 1971, de una forma lenta y casi oculta. La crisis de la energía, sin embargo, hizo estallar una situación en creciente tensión y de

esa crisis sectorial se pasó a una económicamente global y, por último, a una crisis «societal», por cuanto no ha habido desde 1973 un solo aspecto de los Estados y la vida de los ciudadanos de cualquier parte del mundo que no se haya visto afectado por la misma.

—Un nuevo ciclo, por tanto, cuyos signos más relevantes son la creciente inflación, detectada ya en la década de los sesenta, pero puesta de manifiesto de una manera más patente desde 1973, aunque de desigual forma: inflación controlada, galopante o hiperinflación, propia de los Estados del Tercer Mundo; un aumento generalizado del desempleo como consecuencia del cierre de empresas o los procesos de reconversión industrial; un estancamiento económico firme y estable, difícil de superar a pesar de las políticas anticrisis, y que junto a la inflación y el desempleo dará lugar al nuevo concepto de «stagflation»; un endeudamiento exterior en constante incremento, en especial en la periferia del sistema, que ha acentuado aún más la dependencia de ésta con los Estados del centro; una inestabilidad social como consecuencia de todos los caracteres anteriores y también como un componente más de este ciclo. De tal manera que, como nos dice Sampedro: «Ante tantos conflictos provocados más o menos directamente por el tipo de crecimiento cuantitativo y técnico engendrado por el capitalismo y adorado hasta ahora sin reservas, resulta natural ponerse a meditar sobre la concepción misma de ese desarrollo y empezar por eso a preferir una "calidad de vida", en vez de la mera multiplicación de mercancías, por lucrativa que sea para unos grupos».

Es en este contexto económico en el que cabe inscribir la cuestión que estamos analizando en este apartado: la relación entre «guerra fría» y objetivos económicos de las dos superpotencias y los dos bloques que ambas lideran. En nuestra opinión esta relación es estrecha, se ha mantenido firmemente unida hasta el estallido de la crisis y se manifiesta a través de dos mecanismos: el control económico que ambas superpotencias intentan ejercer sobre sus áreas de influencia, y el impulso al desarrollo de procesos de integración en las mismas. Mecanismos que unidos a los anteriormente analizados permitirán comprender en su totalidad y complejidad el desarrollo y mantenimiento de la «guerra fría».

A) *El Bloque Occidental: hacia el control mundial.*

Ya hemos señalado anteriormente cómo desde 1945 asistimos a una nueva etapa de consolidación y expansión del sistema capitalista, impulsado por el papel que durante el conflicto mundial y la inmediata posguerra adquiere EEUU. El aislamiento tradicional iba a ser abandonado y desde 1939 los dirigentes norteamericanos iban a mantener su mirada fija en el desarrollo de la guerra en Europa, para posteriormente intervenir directamente y poner así de manifiesto que desde ese momento EEUU no volvería al recogimiento anterior, sino que se consideraba obligado a intervenir e influir en las relaciones internacionales. Esa intervención, sin embargo, debía ir acompañada de un notable cambio en las relaciones económicas que se pondrían en marcha con la llegada de la paz.

Durante una primera etapa, que podemos dar por finalizada con el anuncio del Plan Marshall en 1947, los norteamericanos tendrán como objetivo prioritario la eliminación de todos aquellos obstáculos y circunstancias (nacionalismo, proteccionismo, endeudamiento progresivo o ausencia de una institucionalización internacional de la vida económica), que habían dificultado la evolución económica durante el período de entreguerras e incluso habían conducido a la crisis de 1929. Gran Bretaña, en particular, y Europa, en general, no parecían ser las más adecuadas para proceder al cambio demandado, y por ello sería EEUU el encargado de llevarlo a cabo en función de sus propios intereses.

Ya el 14 de agosto de 1941, en la Conferencia del Atlántico entre Roosevelt y Churchill, se pusieron por vez primera de manifiesto estos nuevos objetivos desde un punto de vista económico y en un sentido muy preciso: «colaboración y libertad económica». Al año siguiente, de las palabras se pasó a los hechos, firmándose el Acuerdo de Ayuda Mutua entre Gran Bretaña y EEUU, en el que el presidente norteamericano además de manifestar su interés porque los costes financieros se dividiesen de tal modo que ningún Estado «se enriqueciera por el esfuerzo bélico de sus aliados», obligó al dirigente británico a aceptar la eliminación progresiva del sistema de preferencias dentro de la Commonwealth (establecidas en Ottawa en 1932), paso fundamental para el relegamiento definitivo

de los obstáculos que impedían el libre desarrollo de los intercambios comerciales y el aumento del bienestar mundial, en opinión de Roosevelt.

En el año 1943 asistimos a la consolidación del proceso anterior a través de dos hechos básicos. Por un lado, la conferencia celebrada en Hot Springs (EEUU) en el mes de mayo, a la que asistieron delegados de cuarenta y cinco Estados, que eligieron una comisión encargada de redactar el proyecto de constitución de la que sería la primera agencia especializada de la ONU: la FAO, Organización de la Alimentación y la Agricultura. En septiembre, especialistas británicos y norteamericanos comenzaron las discusiones para el establecimiento de otro de los fundamentos de la nueva estructura económica mundial de posguerra: el sistema monetario.

En efecto, ambas delegaciones iniciaron sus trabajos presentando sus respectivos proyectos. Los británicos, el llamado «Plan Keynes», elaborado por este prestigioso economista, y los norteamericanos el «Plan White», debido al proyecto presentado por Harry Dexter White. Aunque ambos proyectos partían de un punto común —el rechazo a los tipos de cambio flotantes y a las restricciones comerciales competitivas—, diferían tanto en la forma en que debía institucionalizarse este nuevo sistema monetario como en cuanto al objetivo del Organismo «ad hoc» que debía crearse: mientras Keynes señalaba que éste debía dedicarse a administrar la liquidez internacional con un gran poder de emisión y movilización de recursos, White deseaba que se dedicara a conseguir la estabilización de los cambios y la restauración de libre comercio internacional. El resultado de tan larga discusión llegó entre el 1 y el 22 de julio de 1944 en la reunión de Bretton Woods (EEUU), en la que participaron cuarenta y cinco Estados, entre los que se encontraba la URSS, y en la que se aprobó la creación de dos de las más importantes agencias de la ONU y del sistema capitalista: el FMI o Fondo Monetario Internacional y el BIRF o Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. El primero debía encargarse de mantener la estabilidad del cambio y abordar los problemas de las balanzas de pagos, mientras que el segundo debía ayudar a la reconstrucción de los Estados miembros, especialmente los afectados por la guerra, además de facilitar las inversiones internacionales a largo

plazo. Objetivos que, como se puede apreciar, son casi similares a los propuestos en el «Plan White», o lo que es lo mismo, de EEUU, lo que venía a confirmar el claro predominio de este Estado en la reconstrucción del nuevo orden capitalista mundial y el logro de sus objetivos a través de él.

Un nuevo orden, sin duda, pero del que iban a quedar excluidos la URSS y otros Estados socialistas, pues aunque los soviéticos participaron en Bretton Woods no suscribieron el convenio de creación. Polonia y Checoslovaquia sí pertenecieron pero los abandonaron posteriormente, como también lo hizo Cuba en 1964. En esta nueva etapa y con la creación de estas dos instituciones se confirmará de una manera definitiva el objetivo básico de EEUU desde un punto de vista económico internacional: el control de la economía mundial.

Un control que se explica, a nuestro entender, por tres razones: a) la posición económica adquirida por EEUU durante la guerra, con su infraestructura industrial intacta, con un crecimiento real del PNB del 60% entre 1940 y 1945, con el 80% de las reservas de oro de todo el mundo, con un comercio en expansión que representaba en 1945 el 40% del total mundial, y con una deuda «aliada» contraída con EEUU valorada en más de 50.000 millones de dólares; b) esta posición hegemónica no se podría mantener tras la finalización de la guerra si el resto del mundo, y muy especialmente Europa, no disponía de bienes, mercancías y dinero para intercambiarlos o adquirir todos los artículos que EEUU seguía produciendo, por lo que era necesaria la intervención inmediata y diversificada del gobierno norteamericano para solucionar ese inquietante problema que podría conducir a una depresión de consecuencias incalculables; aunque, eso sí, esa intervención debía realizarse también para reafirmar los principios de un nuevo orden económico que bajo el lema de «liberalismo frente a nacionalismo», confirmara la supremacía norteamericana en el mismo; c) como complemento a este intervencionismo controlador EEUU no debía olvidar la utilización de sus poderosas fuerzas armadas, el «argumento nuclear» o los recursos político-ideológicos defendidos por el «mundo libre», como medio y fin en sus políticas de colaboración, firmeza o disuasión a utilizar con amigos y aliados (como se hará durante la guerra y la inmediata posguerra), y frente a los enemigos

(como se realizará desde el inicio de la «guerra fría»). En definitiva, para conservar lo adquirido, incrementar los recursos y beneficios y eliminar cualquiera de los obstáculos que podían impedir la consecución de los dos objetivos anteriores, era necesario intervenir controlando hegemónicamente la situación en la nueva sociedad internacional de posguerra.

Este intervencionismo controlador, como ya hemos visto, adquirió desde 1944 un carácter diferente. Tras la creación del FMI y el BIRF, que consolidaba la posición norteamericana desde un punto de vista monetario y financiero (fuertemente alterada desde 1971), sus dirigentes se ocuparon del establecimiento de un nuevo orden liberal del comercio internacional. El libre cambio que se propone desde Washington se basa en la eliminación de las prácticas proteccionistas y en el principio de las ventajas comparativas, ya formulado por Ricardo en 1817. Su máxima expresión será el GATT o Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio, creado en 1948, tras la propuesta de EEUU formulada en diciembre de 1945, las conferencias de Londres, Ginebra y La Habana, entre los años 1946 y 1948, y la elaboración de la llamada «Carta de La Habana». El estallido de la «guerra fría» y los recelos entre los negociadores norteamericanos para la creación de un organismo de la ONU que pudiera impedir su plena libertad de decisión en materias comerciales, imposibilitaron la creación de ese organismo internacional, permitiendo tan sólo la puesta en marcha de este acuerdo intergubernamental por el que se regulan las relaciones comerciales entre sus signatarios, bajo los principios propugnados por EEUU.

De esta manera se incrementaba el poder hegemónico norteamericano en la estructura económica mundial, que se vería apoyado por un proceso de institucionalización en esa misma estructura, tanto en el seno de la ONU (AIF, CIF, ONUDI, UNCTAD, etc.), como en las diversas áreas regionales. En esas y otras instituciones los sistemas que determinan el número de votos de un Estado o el número de representantes en los órganos directivos o, lo que es lo mismo, el poder de un Estado en un organismo internacional, está relacionado con la cuota que paga por su pertenencia al mismo; así, por ejemplo, en el FMI, la cuota sirve de base para la fijación del poder de voto (250 puntos para cada socio,

más un voto por cada 100.000 dólares adicionales de cuota). En otras ocasiones, como es el caso de la ONU o la UNESCO, se utiliza esta aportación para presionar en la consecución de sus objetivos nacionales, pues no es lo mismo el papel que en Naciones Unidas puede tener EEUU, que colabora con el 25% del presupuesto, que Uruguay con el 0,04 o Gambia con el 0,01. Métodos directos e indirectos de adquisición y ejercicio de poder que los dirigentes norteamericanos han sabido utilizar hábil y continuamente desde 1944.

Ahora bien, todo este proceso debería ir acompañado de una reconstrucción de las relaciones económicas internacionales, que vendría a cerrar el círculo en este firme camino de intervención controladora de EEUU. Reconstrucción mucho más necesaria desde 1947, por el enfrentamiento político-ideológico con la URSS; las previsiones económicas formuladas por el Comité Coordinador de Estado, Marina y Guerra norteamericanos, que señalaban que el mundo no podría seguir comprando productos de EEUU por más de entre doce y dieciocho meses; y la depresiva situación de Europa, especialmente de la parte occidental, en la que los triunfos electorales de los partidos de izquierda o el proceso de nacionalizaciones podrían conducir a la adopción de políticas económicas de planificación socialista que provocarían una rápida expansión del comunismo por todo el continente. Todo ello ponía en muy grave peligro el nuevo orden económico capitalista que se había puesto en marcha y los propios intereses de EEUU. El anuncio de la «Doctrina Truman» en el mes de marzo y del «Plan Marshall» en el mes de junio, como ya hemos visto, vienen a ser la expresión máxima de esta preocupación y de la respuesta dada al reto planteado.

Hoy parece indudable que sin el inicio de la «guerra fría» el presidente Truman no se habría planteado la posibilidad de enviar al Congreso un programa de ayuda tan cuantioso como el «Plan Marshall» y que los congresistas lo aprobaran. EEUU impuso sus condiciones a los gobiernos europeos dispuestos a aceptar esa ayuda: por un lado, aplicar políticas deflacionistas con el objetivo de recuperar las respectivas actividades productivas a un ritmo rápido, ajustar sus balanzas comerciales, conseguir una estabilidad financiera y participar en el proceso de cooperación económica multilateral:

todo lo cual no significaba más que la puesta en marcha de una política keynesiana, que se convertirá de este modo en el mecanismo básico del crecimiento económico hasta el estallido de la crisis de 1973; por otro lado, esos mismos gobiernos debían reafirmar su apoyo e integración en el bloque occidental que se opondría a la URSS y la principal manifestación de su poder: el comunismo.

Con una duración prevista de cuatro años (1948-1952), el Plan Marshall se prolongó hasta 1956-57. Los principales Estados beneficiados fueron, por este orden, Gran Bretaña, Francia, Italia, República Federal Alemana, Holanda, Grecia, Austria, y el resto en proporciones menores (Bélgica, Luxemburgo, Dinamarca, etc.). La ayuda, fundamentalmente, se empleó para la adquisición de materias primas (27%), ayuda militar (26%), compra de trigo (13%), productos petrolíferos (12%), entre otros. Su distribución fue la siguiente:

AYUDA DE EEUU A EUROPA OCCIDENTAL (1947-1955)

Año	Ayuda Milit.	Donaciones	Préstamos a largo plazo	Total	Total en % de importaciones de bienes y servicios
1947	43	672	3737	4409	24%
1948	254	2866	1213	4079	22%
1949	170	3951	503	4454	26%
1950	463	2775	180	2955	19%
1951	1112	2317	84	2401	11%
1952	2151	1453	453	1906	9%
1953	2435	1138	172	1310	6%
1954	2313	1018	105	1123	5%
1955	1593	800	74	874	4%
TOTAL	11534	16990	6521	23511	13%

(en millones de dólares)

Fuente: Triffin, R.: *Europa and The Money Muddle*, Yale, 1957

Como se puede apreciar, la ayuda norteamericana se elevó a más de 23.500 millones de dólares, que en la práctica consistió en proporcionar a Europa una ayuda de un 10% en metálico y un 90% en materias primas y bienes de equipo, que permitió, además de una rápida recuperación económica, un

buen mecanismo para dar salida a los excedentes norteamericanos, generados por la transformación de su economía de guerra en una economía civil. Es significativo también el fuerte aumento de la ayuda militar desde 1947, en el contexto de la «guerra fría» y su descenso desde 1953, al utilizarse el marco de la OTAN para la distribución de estos fondos. No hay que olvidar tampoco que el camino abierto por esta ayuda oficial permitió un gran desarrollo de las inversiones privadas norteamericanas hacia Europa, acrecentándose aún más los lazos de dependencia en el centro del sistema entre las dos áreas. Por último, el Plan Marshall, su aceptación por la mayoría de los Estados de la Europa Occidental y el rechazo a participar en el mismo, de forma voluntaria los menos, e impuesta desde Moscú en la mayoría de los casos de la Europa Oriental, confirmó la definitiva separación del continente por el «telón de acero» y la utilización de dos vías diferentes, la capitalista y la planificación socialista, para superar los desastrosos efectos de la II Guerra Mundial. Los acontecimientos de Praga y Berlín en 1948 vinieron a confirmar política e internacionalmente lo que económicamente se había apuntado en 1947.

El control por parte de EEUU del bloque occidental, con un pilar básico en la Europa Occidental, se había conseguido. Ahora bien, esta política norteamericana iba a conducir también a un fuerte proceso de integración económica dentro del sistema. Una integración que iniciará un nuevo camino con el Plan Marshall, tanto por su amplitud como por su extensión geográfica.

En efecto, al amparo de la ayuda norteamericana se iniciará en Europa Occidental el firme y decidido camino de la integración europea, que culminará en 1957 al firmarse el Tratado de Roma por el que se creó la Comunidad Europea. Descartada la vía política, así como la militar, los principales dirigentes europeos se dieron cuenta de que únicamente a través de la vía económica se podría conseguir la tan deseada recuperación del papel perdido por el continente tras la guerra mundial. La creación de la OECE (Organización Europea de Cooperación Económica) y la UPE (Unión de Pagos Europea), dieron paso a la tan repetida Declaración Schuman de 9 de mayo de 1950: «(...) La contribución que una Europa organizada y con vida puede aportar a la civilización es indis-

pensable para el mantenimiento de las relaciones pacíficas (...) Europa no se hará de golpe, ni en una construcción de conjunto: se hará mediante realizaciones concretas, creando primero una solidaridad de hecho. La reunión de las naciones europeas exige que la oposición secular de Francia y Alemania sea eliminada (...) El gobierno francés propone colocar el conjunto de la producción franco-alemana de carbón y acero bajo una alta autoridad común en una organización abierta a la participación de los demás países de Europa (...) Así se realizará simple y rápidamente la fusión de intereses indispensable para el establecimiento de una comunidad económica, y se introducirá el fermento de una comunidad más ancha y más profunda entre países mucho tiempo opuestos por divisiones sangrientas» (*Le Monde*).

Con esta sorprendente pero acertada propuesta se iniciará la integración económica de Europa Occidental, que se desarrollará en cuatro fases: a) 1951-1957, firma del Tratado de París por el que se crea la CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero) el 18 de abril de 1951 y se pone en marcha el proceso de ampliación de la misma; b) 1957-1973, firma de los Tratados de Roma el 25 de marzo de 1957, por los que se crean la CEE (Comunidad Económica Europea) y la EURATOM (Comunidad Europea de la Energía Atómica), se institucionaliza la vida comunitaria, se ponen en funcionamiento las diversas políticas comunitarias y se logran algunos importantes éxitos, como la consecución de la unión aduanera y el establecimiento de una tarifa exterior común en 1968; c) 1973-1986, etapa en la que la Europa de los Seis se amplía a cuatro miembros más (Gran Bretaña, Dinamarca, Irlanda y Grecia), confirmándose el camino iniciado en 1951 y alcanzándose unos niveles de crecimiento y poderío económico destacados a pesar del impacto de la crisis, que hacen de la Europa Comunitaria un área económica de excepcional importancia dentro del sistema capitalista; d) 1986..., última fase caracterizada por la ampliación a dos nuevos Estados (España y Portugal), que han venido a reforzar el poderío anterior, la puesta en práctica de las decisiones contenidas en el Acta Unica Europea y el reto planteado para 1992: «La Comunidad adoptará las medidas destinadas a establecer progresivamente el mercado interior en el transcurso de un periodo que terminará el

31 de diciembre de 1992» (Art. 13.º del Acta Unica).

Los llamados «padres fundadores de la Europa comunitaria», los franceses Jean Monnet (1888-1979) y Robert Schuman (1886-1963), el belga Paul Henri Spaak (1899-1972) y el alemán occidental Konrad Adenauer (1876-1967), desearon desde el principio no sólo proceder a una reconstrucción del continente en todos los órdenes, sino también sentar las bases de una federación europea que constituyera una réplica a EEUU y la consolidación de un necesario y largo período de paz, roto en varias ocasiones por el tradicional enfrentamiento entre franceses y alemanes, y por la peligrosa utilización que del carbón y del acero (símbolos del poder de las naciones y medios para fabricar armas) se había hecho en el pasado. Sus objetivos se cumplieron en gran parte, pero la ruptura de los lazos de dependencia con EEUU no se produjo.

Hay que recordar que si bien EEUU fomentó este proceso de integración, no dejó de estrechar los lazos con la Europa Occidental desde puntos de vista tan diversos como los militares, estratégicos, políticos o ideológicos, tal y como hemos analizado ampliamente, al mismo tiempo que no mostró ningún interés en la constitución de esa Europa políticamente unida que, en definitiva, podría desear romper esa dependencia hábilmente establecida, y mucho menos que esa Europa pudiera estrechar firmes y duraderas relaciones con la «otra Europa», en el camino anunciado por el líder soviético Gorbachov de «construcción de la casa común europea». Para EEUU, y como veremos, para la URSS, es necesario que Europa siga dividida, para justificar la presencia militar norteamericana y la permanencia de los objetivos e instrumentos de la OTAN, pero también que no alcance, por lo menos en un plazo medio, el tan deseado objetivo de la integración económica, pues ello podría convertirla en una seria e imparable competidora que, quizá, podría terminar con el liderazgo norteamericano en el interior del sistema capitalista. Por ello, si bien podemos manifestar nuestro acuerdo parcial en aquella interpretación marxista, que explica el proceso de integración económica como una consecuencia necesaria de la etapa de expansión monopolística del capitalismo, que se inicia desde 1945 y que exige la ampliación de los mercados nacionales y la creación de grandes espacios económicos para su desarrollo, no podemos

olvidar la existencia de un gran reto para los europeos en el sentido de recuperar la posición perdida tras los resultados de la II Guerra Mundial y las repercusiones que en todo ello tiene el estallido de la «guerra fría». Todo lo cual, en nuestra opinión, debe ayudar a reflexionar e intentar comprender este proceso de control e integración económica en el bloque occidental.

Un proceso que no estaría completo si no hiciéramos una breve referencia a dos aspectos que consideramos de interés en este apartado. El primero, debe resaltar la importancia que la denominada «diplomacia macroeconómica» tiene en este bloque occidental, impulsada por EEUU y desarrollada a través de ese proceso de institucionalización de la estructura económica internacional, que tiende a dejar en muy pocas manos el proceso de decisión en la sociedad internacional. Una de las formas más significativas de este proceso de concentración de poder ha sido la creación de «grupos de poder económico»: la Comisión Trilateral (creada en 1973 y de la que forman parte las personalidades privadas más influyentes del capitalismo pertenecientes a Japón, EEUU y Europa Occidental), el Grupo de los 30 (grupo privado informal de treinta líderes internacionales del mundo de la empresa y la banca que se reúnen para discutir soluciones a los problemas económicos del mundo), el Grupo de los 24 (que incluye a todos los Estados miembros de la OCDE que, en teoría, son los más desarrollados del mundo), el Grupo de los 10 (creado en 1962 como órgano consultivo de los Estados más industrializados), el Grupo de los 7 (formado por las siete grandes potencias económicas del mundo) y el Grupo de los 5 (integrado por EEUU, Japón, República Federal Alemana, Francia y Gran Bretaña, que constituyen la élite económica del mundo y son los que deciden la política económica a seguir dentro del sistema y, por extensión, en el conjunto mundial).

Por último, debemos referirnos a la forma que ha tenido EEUU de trasladar esa política que hemos venido en denominar de intervencionismo controlador a otras áreas regionales. Consideramos que el caso más significativo es el de Latinoamérica, por cuanto, como ya hemos visto, es en esta amplia región mundial en donde los dirigentes norteamericanos iniciaron la creación de bloques de alianzas militares o

de defensa, con un claro matiz anticomunista, pero también con el sentido de impulsar la cooperación e integración económica.

El proceso arranca principalmente de la constitución de la OEA (Organización de Estados Americanos), creada en 1948, que algunos de estos Estados vieron como el mecanismo a través del cual EEUU pondría en marcha un Plan Marshall similar al europeo, aunque pronto se dieron cuenta de que Latinoamérica no era objetivo prioritario para Washington. Con el Tratado de Río de Janeiro y la OEA, EEUU ejerció un firme control de la situación latinoamericana, ampliándolo con otras medidas de carácter económico o político. Sin embargo, desde finales de la década de los cincuenta asistimos a un proceso de integración económica regional que se inicia con la creación del Mercado Común Centroamericano en 1958, por iniciativa de la CEPAL y el apoyo norteamericano, formado por Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. En 1959 los dirigentes norteamericanos impulsaron la creación del Banco Interamericano de Desarrollo, suministrando más del 40% del capital inicial e incrementando de forma notable los préstamos a los Estados del continente. Como colofón de este proceso hay que destacar la operación que bajo el título «Alianza para el Progreso» lanzó el joven presidente Kennedy en 1961.

En efecto, desde la llegada al poder del político demócrata se pusieron en marcha una serie de medidas de carácter económico, de corte claramente keynesiano, para reanimar el crecimiento y alcanzar un más elevado nivel de bienestar social. Bajo el slogan de la «Nueva Frontera» el presidente Kennedy se dirigió a Latinoamérica con un lenguaje nuevo: «A nuestras repúblicas hermanas del sur de nuestras fronteras les prometemos especialmente convertir nuestras buenas palabras en buenas obras, en una alianza para el progreso, y en ayudar a los hombres y a los gobiernos libres a romper las cadenas de la pobreza». Era la primera vez desde el mandato de F.D. Roosevelt, que un presidente norteamericano dedicaba un especial interés por el mundo latinoamericano y, sobre todo, que planteaba un programa de acción específico.

Un programa valorado en 20.000 millones de dólares que EEUU inyectaría en la economía latinoamericana en un plazo

de diez años, a cambio de que los diferentes Estados que lo aceptaran realizaran una serie de reformas económicas y sociales. A pesar de que algunos de estos Estados preferían la ayuda bilateral a la multilateral, todos ellos, menos Cuba, aceptaron las condiciones impuestas desde Washington. Este nuevo Plan Marshall significaba para EEUU no sólo una manera de impulsar su economía, especialmente sus exportaciones, sino también acrecentar el control sobre esta amplia área geográfica con nuevos métodos muy alejados de los imperialistas de los que habían sido acusados en muchas ocasiones, y muy especialmente desde que la revolución cubana había triunfado. La Alianza para el Progreso, sin embargo, no alcanzó los objetivos previstos y ello, según Calvocoressi, fue debido a varias razones: la rápida desaparición del principal inspirador, Kennedy; la limitada cantidad de dinero prevista, que además no fue correctamente planificada en su utilización; la poca atracción que estas inversiones públicas provocaron en la iniciativa privada; la confusión con respecto a los verdaderos objetivos y prioridades de la Alianza; por último, la difícil disyuntiva que se les planteó a sus inspiradores por cuanto no estaba muy claro si los fondos previstos podían obtenerse rápidamente o debían estar condicionados a la introducción de determinados cambios sociales, en un área en donde la sucesión de regímenes dictatoriales creaba una gran inestabilidad. Junto a todo ello, añadiríamos nosotros, estarían otros factores relacionados con el impacto que sobre este programa tuvieron las crecientes ayudas económicas y militares que EEUU tuvo que conceder a los gobiernos para hacer frente a un creciente movimiento guerrillero inspirado en el castrismo, y el fuerte impacto de la guerra de Vietnam.

En definitiva, la posición de EEUU desde el final de la II Guerra Mundial en la estructura económica internacional le permitió controlar en su casi totalidad el funcionamiento y la evolución de la misma desde una posición hegemónica. Sin embargo, ese intervencionismo controlador impulsó un firme movimiento de integración, especialmente en el continente europeo, que los dirigentes norteamericanos difícilmente pudieron ir controlando a medida que éste se fortalecía y constituía una posible amenaza a ese poder hegemónico. La crisis de 1973, como veremos, acrecentará esa peligrosa situación y comen-

zarán a tambalearse los cimientos en los que la «República Imperial» basaba su poder.

B) *El Bloque Soviético: hacia el control regional.*

Entre los años 1945 y 1948, los Estados que formaban parte de la zona de influencia soviética en Europa habían comenzado una laboriosa tarea de reconstrucción tras los graves efectos que la guerra mundial había provocado en sus territorios. A esa tarea contribuyeron las ayudas occidentales, pero de una forma muy especial la proporcionada por la URSS. De esta manera Moscú, utilizando las mismas vías que posteriormente seguirá la Europa Occidental —la política, militar y económica—, tratará de que bajo su zona de influencia la noción de integración controladora alrededor de la URSS fuera una realidad y que ello le permitiera ejercer un poder hegemónico en un área regional muy importante para el sistema internacional. Primer paso, sin duda, de un proyecto de amplitud mundial.

El proceso no fue fácil, pues hasta 1948 la influencia económica y política occidental no había disminuido y algunos Estados, como el caso de Polonia, que pasó de importar de la URSS el 90% del total de sus importaciones a menos del 25% en 1948, parecían inclinarse de una forma cada vez más evidente hacia el Oeste. La labor de los respectivos partidos comunistas, el proceso de transformación de las estructuras socio-económicas, predominantemente rurales y atrasadas, las nacionalizaciones llevadas a cabo y la creciente dependencia de la URSS, confirmada por la serie de Tratados de Amistad, Colaboración y Asistencia Mutua que se firman entre los Estados del área, hicieron casi imposible el desviacionismo y cuando éste podía convertirse en realidad se utilizaron métodos más radicales, caso del golpe comunista de Praga en 1948. Por otra parte, Stalin tampoco estaba dispuesto a que se quebrara el orden y la unidad interna establecidos en el bloque y de esta forma impidió la estrecha colaboración económica propugnada por los líderes de Checoslovaquia y Polonia, y la iniciativa de Dimitrov y Tito de crear una unión aduanera entre Bulgaria y Yugoslavia en 1948. Por último, el líder soviético decidió actuar rápidamente ante la que parecía ser la más

grave amenaza para este nuevo orden: el anuncio de la puesta en marcha de un Plan Marshall para Europa.

Ya hemos visto de qué manera la URSS rechazará la ayuda norteamericana y obligará, asimismo, a otros Estados de su zona de influencia a hacer lo mismo. A partir, pues, de 1948 se iniciará una nueva etapa en el proceso de intervención y control económico soviético, que tendrá los mismos objetivos que el seguido al otro lado del telón de acero, aunque con un carácter más localizado.

El punto de arranque de esta fase será también, como el final de las respuestas soviéticas a las iniciativas norteamericanas en Europa, la creación del COMECON o Consejo de Ayuda Mutua, en enero de 1949. Integrado por la URSS, Bulgaria, Hungría, Polonia, República Democrática Alemana, Rumania, Checoslovaquia, Cuba, Mongolia y Vietnam; dejó de pertenecer al mismo Albania en 1968 y Yugoslavia que participa como observador desde 1964, tras ser rechazada por Stalin su integración en 1949. Existen además otras dos categorías de miembros, los observadores (entre los que están o han estado Corea del Norte, Angola o la República Popular China) y países cooperantes no socialistas (Finlandia, Irak o México). En su configuración estuvo siempre presente la idea manifestada por Stalin en 1952: «(...) la desintegración de los mercados nacionales en cuyo seno se realizan todas las actividades económicas, debe considerarse como la secuela más importante de la II Guerra Mundial (...) La consecuencia de dos bandos opuestos ha sido la (...) aparición de dos mercados mundiales paralelos que también se enfrentan» (Stalin). La confrontación económica, pues, iba a ser otra vertiente en la dinámica impuesta por la «guerra fría», pero además también iba a servir a los objetivos internos de la URSS.

En efecto, los dirigentes soviéticos sabían perfectamente que si habían conseguido el predominio político y militar en su zona de influencia, el proceso de integración socialista no estaría completo si no se alcanzaba una unidad económica bajo la hegemonía económica de Moscú. La creación del COMECON fue la repuesta más completa, aunque se intentó explicar más por razones de defensa y protección de la revolución y el internacionalismo socialista, amenazados por el imperialismo norteamericano, que por necesidades objetivas en

el contexto de la «guerra fría». Son muy significativas las escasas referencias al tema en los manuales soviéticos o el que hasta el 14 de diciembre de 1959 no se aprobaran los estatutos del COMECON, donde se establecían sus fines y principios, la estructura interna y las relaciones entre los Estados miembros.

La integración o unificación económica se debía realizar, como así ha sido en gran parte, a través del logro de diversos objetivos: a) la creación de un mercado mundial socialista independiente del mercado mundial capitalista, conseguido a través del COMECON, que se ha podido conformar tan sólo en parte como consecuencia de la creciente interdependencia y mundialización en la sociedad internacional y el poder real en ella del mercado antagónico; b) en ese mercado la cooperación e integración debía basarse en el criterio de la división socialista del trabajo internacional, principio perfectamente expresado en el *Manual de economía política* de la Academia de Ciencias de la URSS: «Cada país puede concentrar sus esfuerzos y sus recursos sobre el desarrollo de ramas para las cuales dispone de condiciones económicas más favorables, así como los cuadros y la experiencia indispensables. Por otro lado, no está obligado a fabricar aquellos productos cuya necesidad pueda ser satisfecha por otros países»; c) la coordinación de planes a medio y corto plazo constituye otro de los objetivos básicos y su responsabilidad recae tanto en los principales órganos ejecutivos como en el poderoso Comité para la Cooperación en el campo de la Planificación; d) la superación de las diferencias en el grado de desarrollo de los Estados miembros, y e) la amistad fraternal y la ayuda mutua, exigidas tanto por las necesidades inherentes a la configuración del mercado socialista como ante el peligro proveniente del exterior, como se puede leer en el informe del XXIII Congreso del PCUS en 1966: «Colaboración y solidaridad son fuentes de energía esenciales para el sistema socialista».

A partir de estos objetivos el COMECON, tras una etapa de letargo y hasta la desaparición de Stalin, comenzó su andadura manifestándose muy pronto el auténtico poder hegemónico de la URSS. Un poder que se manifiesta, en primer lugar, en la fuerte dependencia de los Estados miembros con Moscú, como se observa en el hecho de que estos Estados dependen en un 95% del petróleo soviético, un 90% del hierro

o la madera y, entre otros, un 60% del algodón o del carbón. También es digno de mención el que el mercado soviético constituya un punto de referencia básico para el comercio exterior de esos Estados, lo que ha permitido decir a algunos autores que la estructura de los intercambios en la comunidad socialista tiene cierta analogía con la existente entre el centro y la periferia del sistema económico mundial, por cuanto mientras la URSS exporta, fundamentalmente, materias primas y combustibles, importa, sobre todo, productos transformados. La ventaja comparativa que posee la URSS frente a sus socios, en el terreno de la división internacional socialista del trabajo, parece también evidente, por cuanto es la única que puede permitirse no especializarse, al beneficiarse de la producción en la que sus socios sí están especializados. El hecho de que la mayor parte de las inversiones comunes se realicen en la URSS, destinadas principalmente a grandes proyectos de aprovechamiento de los recursos naturales, es también un aspecto relevante. El uso de los poderes político y militar en relación con el económico en la zona de influencia para alcanzar objetivos precisos y globales tampoco puede dejar de destacarse. Por último, el hecho de que la sede del COMECON, de sus organismos principales y de la Secretaría, a cuyo frente se encuentra un ciudadano soviético, se encuentren en Moscú, constituye otro elemento que acrecienta esa dependencia y el ejercicio de una posición hegemónica en el mercado socialista mundial.

A pesar de los logros alcanzados los dirigentes soviéticos no pudieron impedir, como tampoco lo pudieron hacer los norteamericanos en el bloque en el que ejercen su poder hegemónico, que aparecieran fisuras entre los aliados y en el seno de ese mercado socialista. Todos los datos disponibles apuntan de qué manera, desde mediados de los años sesenta, en la Europa del Este comenzaron a aparecer entre diversos gobiernos, especialmente en los casos de Hungría, Polonia y Checoslovaquia, críticas y recelos sobre la falta de adecuación del sistema económico en vigor frente a las necesidades de un desarrollo acelerado, la existencia, cada vez más clara, de unos límites al crecimiento y las ventajas y desventajas del COMECON. Si a ello se une el descenso que se comenzó a apreciar en las relaciones comerciales entre los Estados socialistas y la URSS, y la creciente atracción que existía en esos mismos

Estados por incrementar sus intercambios económicos con Occidente, nos permitirá comprender las razones que condujeron a Moscú a poner en marcha una nueva fase en el proceso de profundización de las relaciones entre todos los miembros del mercado socialista mundial.

Una nueva fase que tendrá un objetivo básico: la integración. Este objetivo se puso de manifiesto por vez primera en la XXIII sesión (especial) del COMECON, celebrada en abril de 1969, aunque no se plasmará en un documento escrito hasta 1971, cuando se aprobó el «Programa General para la Cooperación e Integración de la Economía Socialista». Reformado en varias ocasiones y complementado con la creación de algún organismo como el Banco de Inversiones Internacionales, su espíritu pretendía llevar a cabo «un proceso consciente y planificado de acercamiento económico multilateral de los países socialistas y la creación de un complejo económico internacional», y su objetivo más preciso pretendía que la integración se realizara «sobre la base de la regulación conjunta, planificada, del desarrollo económico de los países interesados, a medida que se crean los organismos e instituciones internacionales correspondientes. Tienen la particularidad de abarcar simultáneamente la producción, la circulación y la esfera administrativa, de enfocar, en su conexión recíproca, en su conjunto, todos los problemas que reclama el perfeccionamiento de la colaboración entre los países del CAME».

Espíritu y objetivo, sin embargo, no han permitido alcanzar el fin propuesto, la integración. El establecimiento de nuevos programas, la sensibilidad manifestada por los dirigentes de ciertos Estados en relación a la pérdida de su independencia política y económica, las protestas de los Estados menos desarrollados ante un proceso integrador que parecía ofrecer muchas más ventajas a los Estados más desarrollados que a ellos, así como el impacto de la crisis económica de 1973, provocaron que el gran objetivo quedara reducido en 1976 a la búsqueda de una mayor flexibilidad en la planificación, una revisión de las estructuras predominantes y una limitación de la integración a cinco sectores que van desde la construcción de maquinaria hasta la elaboración de un programa para la modernización de infraestructuras. Con todo ello no se hacía más que poner también de manifiesto que el firme propósito

de la URSS de controlar, intervenir y dirigir el mercado socialista mundial, y la independencia de éste en relación al mercado capitalista, no se habían conseguido en su totalidad e incluso habían provocado firmes deseos por parte de muchos aliados y socios de proceder a un mayor incremento de las relaciones con Occidente.

C) *El impacto de la crisis económica y el futuro de las potencias hegemónicas.*

Entre los años 1973 y 1988 se han producido tal cúmulo de acontecimientos, provocados directa o indirectamente por la crisis económica, que no hemos dudado en calificar este período como una nueva fase en la evolución no sólo de la estructura económica mundial sino también de la sociedad internacional.

Intelectuales, sociólogos y politólogos, los propios dirigentes políticos y los historiadores que analizan el pasado en función de un presente han realizado un gran esfuerzo de reflexión para aprehender en su totalidad y diversidad todos los caracteres que configuran este nuevo ciclo.

En nuestra opinión hay tres libros que pueden considerarse como prototipo de este sentimiento colectivo, aunque elitista. El publicado en 1973 por Raymond Aron: *Republique Impériale. Les États-Unis dans le monde, 1945-1972*; la obra de Mijail Gorbachov: *Perestroika. Mi mensaje a Rusia y al mundo entero*, publicado en castellano en 1987, y el trabajo de Paul Kennedy: *The rise and fall of the great powers*, publicado en EEUU recientemente. A través de estos tres trabajos se observa, desde perspectivas diferentes, que la estructura bipolar y hegemónica creada en 1945 se está transformando, a pasos agigantados desde 1973, para dar lugar a una nueva cuya configuración no está aún perfilada, aunque se pueden apuntar algunos rasgos.

En efecto, una primera nota destacada es el declive que ha comenzado a apreciarse en EEUU, la República Imperial de la que habla Aron. Declive que para este autor y otros muchos se inicia entre 1971 y 1972, momento en el que la decisión de Nixon de no convertibilidad del dólar en oro y el inicio de «una nueva política económica para Estados Unidos para

hacer frente a la inflación, el desempleo y la especulación internacional», puso fin a uno de los fundamentos básicos del sistema capitalista y dio paso al estallido de una crisis de incalculables consecuencias.

Desde 1973 la economía norteamericana se vio profundamente alterada por la crisis económica, encontrándose afectada también por las medidas proteccionistas de sus socios dentro del sistema, y muy especialmente de la Comunidad Europea y Japón. En 1981, el nuevo presidente norteamericano, Ronald Reagan, tuvo que reconocer que: «La nación está ante una calamidad económica de grandes proporciones, la peor desde la gran depresión. Ha llegado el momento de dar el giro». La nueva política económica, la «reaganomics», apoyada en una firme ofensiva conservadora que tiende a basar todo el proceso de cambio económico en la utilización de un mecanismo, tan antiguo como sencillo, como es el mercado, ha posibilitado tanto la vuelta de la confianza internacional sobre EEUU, para que éste actuara de locomotora de la economía mundial, como el crecimiento de mayor duración en tiempos de paz en la historia del Estado. Ahora bien, la era Reagan, que ha tenido en el dogma neoliberal una fe inquebrantable, ha provocado también la aparición de una serie de signos que vienen a confirmar el declive apuntado anteriormente: EEUU se ha convertido en el país más endeudado del mundo, con una deuda externa que ha crecido a razón de 100.000 millones de dólares anuales; un déficit comercial que se ha multiplicado por cuatro; un dólar sometido a grandes y graves oscilaciones, sostenido gracias a las intervenciones europea y japonesa; una dependencia de las inversiones extranjeras que ha llegado a ser realmente preocupante para los economistas norteamericanos, pero muy bien vista por los inversores comunitarios y japoneses que han visto abrirse un gran mercado de enorme rentabilidad; si a ello unimos los déficits presupuestario y fiscal, el estancamiento del ahorro y la pérdida de competitividad de los productos norteamericanos, podemos comprender que se pueda hablar fácilmente del declive de EEUU en la estructura económica internacional.

Alentando este declive se encuentra la tesis propuesta por Kennedy, según la cual los imperios caen, mueren, por «sobreextensión», o lo que es lo mismo, por la incapacidad de

éstos para adaptarse a una realidad que difícilmente pueden manejar. En el caso de EEUU esta afirmación parece una realidad desde el estallido de la crisis, y mucho más desde el momento en el que los datos económicos y la emergencia de nuevos centros de poder económico, ejemplificados perfectamente en la Comunidad Europea —que tiene en 1992 un reto que debe inquietar a más de un dirigente en EEUU—, y Japón, permiten afirmar que se está poniendo en marcha un mundo multicéntrico que convertirá a EEUU en una importante potencia desde un punto de vista económico, pero en una potencia más del grupo dirigente.

Por otra parte, el impacto que ha tenido la crisis en gastos, en principio improductivos, como la imparable y casi agotadora carrera de armamentos, en un contexto en el que los dirigentes nortamericanos se han tenido que enfrentar al reto casi diario planteado por Gorbachov a través de sus propuestas de desarme y distensión, que ha contado con gran apoyo entre los dirigentes y la opinión pública europeos, les ha obligado a cambiar su estrategia aceptando la firma con la URSS, en 1987, del Tratado de eliminación de misiles de alcance intermedio y a promover nuevas bases sobre las que deben desarrollarse las relaciones con sus aliados de la OTAN.

Frente a este declive norteamericano nos encontramos con un irreversible proceso de cambio en la URSS, promovido por Mijail Gorbachov como consecuencia de la crisis en la que se ha visto sumido el país y el creciente malestar entre sus aliados del bloque, que siguen, en principio, dominando.

Una crisis que, a nuestro entender, debe ser contemplada desde una triple perspectiva. En primer lugar, se aprecia una crisis en el interior del sistema soviético que parece iniciarse a mediados de los años sesenta, momento desde el cual las previsiones económicas han sido pocas veces alcanzadas; la tasa de crecimiento se ha ralentizado, la producción petrolífera y de cereales llegó incluso a disminuir y los ingresos reales por habitante no han alcanzado desde 1971 el objetivo previsto en los diversos Planes. Esta situación no debe conducirnos a pensar en un hundimiento de la economía soviética, pero sí a señalar que se encuentra en un estancamiento permanente. Estancamiento del que se dio cuenta Breznev pero que puso claramente de manifiesto Gorbachov desde la llegada al

poder en 1985, que no ha parado de denunciar la existencia de «todo un sistema de debilitamiento de los instrumentos económicos del poder» y la «constitución de un tipo de mecanismo de refrenamiento del desarrollo social y económico».

Si a todo ello unimos otros factores, como el gran auge de los intercambios soviéticos con Occidente, debido a la necesidad de modernización tecnológica y al déficit de cereales, que constituyen en 1981 1/3 de los intercambios exteriores totales; los hasta ahora imparables gastos de defensa, necesarios en esa competitividad continua con EEUU, y el reconocimiento de graves deficiencias en el interior del sistema, se explica que el mensaje de Gorbachov a través de la «perestroika» haya constituido un gran impacto. Un impacto porque la «perestroika» supone una respuesta a la crisis global de la URSS, porque reconoce que el sistema debe sufrir profundas transformaciones y porque ha conducido a una reflexión muy seria para el presente y el futuro: «La “perestroika” es una urgente necesidad que se deriva de los profundos procesos de desarrollo de nuestra sociedad socialista (...) Cualquier retraso en la aplicación de la “perestroika” hubiera podido dar lugar a una exacerbada situación interna a no muy largo plazo, la cual, para decirlo francamente, habría conllevado una grave crisis política, económica y social».

Junto a esta crisis en el centro del sistema socialista, encontramos también una crisis en la amplia zona de influencia soviética. Al igual que en el caso de la URSS el proceso se inicia a mediados de los años sesenta y se acelera profundamente desde el estallido de la crisis de 1973. El fracaso de la integración socialista, el limitado marco para un desarrollo acelerado que permitía la estructura planificada y centralizada en el interior del COMECON, y la necesidad de iniciar una apertura hacia Occidente, de donde podría venir la avanzada tecnología que necesitaban, a cambio de la cual exportaban los denominados «bienes duros» (materias primas, carburantes y alimentos), y los créditos necesarios para llevar a cabo ese desarrollo en un mundo fuertemente competitivo, comenzaron a crear divisiones internas y una pérdida del poder tradicionalmente mantenido por la URSS en el área.

La llegada de Gorbachov al poder ha acelerado las divisiones por las distintas actitudes que se han adoptado frente a la

«perestroika». Así, mientras en Estados como Hungría se vieron con enorme entusiasmo las reformas soviéticas, algunas de las cuales ya se estaban experimentando en este Estado desde hacía algún tiempo, y en donde hoy se sigue apoyando incondicionalmente a Gorbachov; en otros, como los casos de la República Democrática Alemana o Rumania, los recelos e incluso la firme oposición a esta reestructuración, que se pretende extender sobre la Europa del Este, es bien patente entre los máximos dirigentes, pero no entre las respectivas opiniones públicas. Son evidentes también las políticas de acercamiento a Occidente por países como Hungría o Polonia en busca de apoyo económico y ante el firme proceso de integración económica y política de la Europa Occidental, así como las nuevas relaciones que la República Federal Alemana, que se ha convertido en el portavoz más privilegiado entre las dos Europas, ha establecido con los Estados socialistas, han provocado que la URSS no deje de mirar con recelo estas aproximaciones, que de fortalecerse podrían poner en peligro también su privilegiada y hasta ahora incuestionable posición en su zona de influencia, para posteriormente con Gorbachov apostar también por la misma política.

Por último, una tercera vertiente de la crisis manifiesta el impacto de la recesión económica sobre el conjunto de las economías de planificación. Hasta fechas recientes no se admitió que los efectos de la crisis de 1973 se estaban sintiendo en la Europa del Este, llegándose a afirmar que ese era sólo un problema propio del capitalismo. Sin embargo, el creciente proceso de participación de estos Estados en la estructura económica internacional, así como su imparable dependencia con Occidente, provocaron de inmediato unas repercusiones que difícilmente han podido ser por más tiempo ocultadas. Una elevada deuda exterior, que en 1977 se elevaba ya a más de 52.000 millones de dólares; una inflación constante provocada por el alineamiento de los precios interiores a los exteriores; la reducción de subvenciones y ayudas a sectores fuertemente deficitarios; los problemas alimenticios derivados de los elevados precios que en el mercado mundial tienen los productos de los que son deficitarios, así como el fuerte impacto aún de los cambios climatológicos sobre la agricultura; la pérdida de competitividad o la necesaria reducción de los gastos

militares para hacer frente a otros imperativos económicos socialmente más necesarios, son todos signos de que la crisis ha provocado el inicio de una nueva fase en el sistema socialista cuyo rumbo es difícil de prever, pero del que dependerá en gran manera el éxito o el fracaso de la «perestroika» de Gorbachov.

En conclusión, el devenir de la sociedad internacional, fuertemente impactada en todos los órdenes por la crisis de 1973, tiende a transformarse a pasos agigantados. El futuro de las tradicionales potencias hegemónicas que han fomentado esta estructura bipolar y han querido que se mantuvieran muchos de los caracteres de la «guerra fría» está sobre la mesa. Es el momento, quizá, de establecer un nuevo discurso, apoyado sobre un reparto más equilibrado del poder que responda a las reales y no impuestas condiciones de la sociedad internacional contemporánea, ahora que la propia «guerra fría» ha entrado en el camino de su desaparición sin tener muy claro por qué nueva situación va a ser sustituida.